

# EL RAMILLETE.

REVISTA QUINCENAL

DE

## CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

### SECCION CIENTÍFICA.

#### UN MILÍGRAMO DE FILOSOFÍA MÉDICA. (1)

##### III.

MA después de haber tratado, en general, de una especialísima forma, universal y constante de actividad, que pertenece á nuestro organismo, que la manifiesta cada partícula individual del mismo, siempre y cuando que el alma actúe normal y misteriosamente sobre su término esencial: bueno es que no pasemos por alto la cuestión todavía debatida de la constitución y generación de nuestro organismo.

Así como nuestro cuerpo es un conjunto armonioso, donde un número indefinido de individualidades se conciertan para un mismo fin general, aunque llevadas por diferentes vías de acción, como que obedecen á un mismo impulso, á una misma influencia física; así también debemos estudiar primero, como lo hemos hecho, las bases generales de la actividad de esas individualidades para enseguida meditar algo sobre el compuesto por su totalidad constituido.

«Il est bon de rappeter á l'homme que la main de Dieu á formé son corps, comme, la soufflé de Dieu lui á donné son esprit.» L. Veuillot, vida de Nuestro Señor.

La materia organizada no fué creada de la nada: no es más que un modo accidental

de ser de la materia ya anteriormente creada de la nada.

Del polvo de la tierra se formó el cuerpo humano que nació muerto.

La mano del que inspiraba á Miguel Ángel modeló, ordenó y formó, en una palabra, como dice el célebre Mr. Veuillot, el maravilloso organismo de nuestro cuerpo; que por eso es la obra maestra de la Creación.

A ese cadáver hermosísimo, que palpitaba casi bajo la Mano Divina, le fué infundida un alma vivificante y racional.

Hé aquí al hombre.

¿Pero será lógico buscar en él individualidades?

Es lógico que descendamos y analicemos.

La tesis de Leibnitz es axiomática: «Puesto que hay sustancias compuestas, necesariamente las hay simples.»

Faraday, mejoró á Leibnitz y admite la existencia de elementos atómicos, simples, inextensos que si fueran extensos, serían compuestos.

Estos elementos son la piedra angular del edificio material. Estos elementos poseen la fuerza y la inercia, así como la impenetrabilidad; la fuerza por el acto, la inercia y la impenetrabilidad por la materia.

No merece que se tome en consideración la opinión *racionalista* del Profesor Huxley sobre la materia y la fuerza, pues si son abstracciones, como admite, niega de hecho la realidad de toda sustancia, se niega á sí mismo; que así como la suma indefinida de ceros jamás llegará á formar una sola unidad, así tampoco la suma de abstracciones,

(1) Véanse los números 11 y 12 del corriente año.



pese al genio del célebre Profesor Huxley, podrá formar una sola realidad.

Los elementos atómicos constituyen los átomos de los cuerpos metaloideos y metálicos los cuerpos simples de la Química, obediendo á la ley de Newton. Estos, bajo combinaciones diversas, forman los principios inmediatos de la Fisiología.

Los principios inmediatos á causa de sus disoluciones reciprocas y misteriosas, de su modo especial de asociarse, constituyen una individualidad organizada y esta, actuada por su forma esencial ó alma vivificante, vive bien formando un sér microscópico simple en sumo grado: ó bien crece, se desarrolla y llega á formar un sér superior por su organizacion.

Y admitimos un alma para cada sér organizado, porque no comprendemos la vida sin la influencia del alma.

La doctrina Aristotélica es inexpugnable con respecto á todos los séres organizados. Santo Tomás hace observar que en el hombre no hay sino una alma que reúne en sí sola las propiedades de las almas sensitivas y vegetativas de los animales irracionales y vegetales.

Pero continuemos: ¿cuál es el tipo primitivo bajo el cual se puede estudiar la materia organizada? ¿Cuál es el último elemento morfológico?

Hé aquí tu tercera pregunta.

El último elemento morfológico era para Haller la *fibra*, con la que formaba los tejidos como el géometra forma superficies con las líneas.

A la teoría fibrilar sucedió la globular.

Brown descubrió el núcleo.

El glóbulo se convirtió en célula: y la doctrina celular tuvo sus grandes maestros en Schwam, Schleiden y Virchow.

Este último trató de probar que «Omnis e celula,» negando las exudaciones, propiamente dichas, y no admitiendo sino proliferaciones de los *corpúsculos de tegido conectivo*.

Leydig, Max-Schultze y varios otros consideraron el *núcleo cubierto de protoplasma* como último elemento morfológico.

En seguida, Brücke descarta el núcleo y considera al protoplasma de Max-Schultze en sí, no á la fibra, no al glóbulo, no á la célula de Virchow, no al núcleo cubierto de protoplasma, ni al núcleo en sí mismo (Martin Barry) como el último elemento morfológico dotado de vida.

Este protoplasma ó *sarcode* de Dujardin, ó *fibro-plástina* del Profesor Heynsius, ó *endoplasto* de Huxley, ó *materia germinal* de Beale, ó *materia molecular* de Bennett, constituye hoy día el tipo primitivo bajo el que puede estudiarse la materia organizada.

La célula moderna... una molécula de protoplasma... hé aquí la unidad!

El Profesor Fyson, cuya plan general hemos seguido de una manera también general al hacer estas cortas reseñas sobre la teoría ó doctrina celular, nos permitirá reproducamos de su bella obrita «On the Cell Doctrine» los siguientes párrafos que han de completar satisfactoriamente estas ligeras observaciones.

«Brücke...dijo que no se había probado la esencialidad del núcleo en la constitucion de la célula, y aducia como pruebas las células criptogámicas. Esta duda de Brücke la justifica Stricker con el descubrimiento de una Amiba no-nucleada hecho por Max-Schultze en el Adriático, con el otro de un protozario no-nucleado verificado por Haeckel en el Mediterráneo (el *Protogenes primordialis*.) y por último, con el descubrimiento de dos monades no-nucleados también, el «*monas amyli*» y el «*Protomonas Amili*» obtenidos por Cienkowsky. «Haeckel dice que su *Protogenes primordialis* se reproduce por division. Las observaciones de Stricker sobre el huevo de una rana fecundada le inclinan á creer con Brücke y á omitir el núcleo en la teoría de la organización elemental.»

En una Nota:

«En un escrito reciente del Profesor Haeckel manifiesta aquel que la teoría del protoplasma fué establecida en su forma elemental por Cohn en 1850 y por Unger en 1853, se desarrolló en 1858 y, finalmente,



Ahora bien; la célula completa, mas ó menos perfecta, con su núcleo, en parte etc.

La afinidad electiva es propiedad de toda

Ayuntamiento de Madrid



clase de materia organizada viva, siendo menos potente en la formada. El corpúsculo rojo de la sangre, es un ejemplo. ¿Quién negará su afinidad por el Oxígeno?

Una imaginación mística quizás creería ver en los dos billones de corpúsculos rojos, que circulan por nuestros vasos sanguíneos, la materia formada peculiar, puesto que carece de estructura, de una grandiosa secreción recrementicia, en que todos nuestros órganos serían partícipes!

Con las consideraciones precedentes se hace innecesaria toda escala gradual de desarrollo.

Una partícula viva de materia protoplásmica puede por sí sola presentar los característicos de un organismo.

En esa partícula organizada se observan movimientos, llamados amoeboideos por haberse estudiado principalmente en el Amiba, movimientos efectuados por la afinidad.

Ella crece, se multiplica, se nutre en fin, forma ó da origen á la materia no-germinal que ha de desempeñar funciones importantes tales como la contractilidad, la neurilidad, la secretibilidad, dando en una palabra formación á un organismo entero y completo.

Se puede formar, ya un individuo simple, ya un agregado individual (coral, por ej.)

Los animales reciben los alimentos orgánicos y organizados de los seres organizados muertos, ó no. Los vegetales, por el contrario, asimilan materiales inorgánicos y son, como se lee en Robin, el *laboratorio de la vida*, en un sentido metafórico.

Los vegetales no solo purifican la atmósfera, sino que elaboran la materia organizada, facultad que no poseen los animales. Mas no sucede así con respecto á su facultad de purificar el aire atmosférico. Hay algunos infusorios verdes (*Englena viridis*) sobre los que la luz ejerce una influencia semejante á la que ejerce sobre los vegetales, pues hace que aumenten la proporción del oxígeno del aire atmosférico disuelto en el agua, que contiene un 33 p°/o de gas oxígeno en vez de un 21. El au-

mento se efectúa por descomposición química del ácido carbónico.

Con esto se establece clara y fácilmente el lazo vital que une á la materia organizada del mundo vegetal con la del animal, y la fuerza portentosa de afinidad electiva ó asimilativa que posee la materia organizada vegetal.

Además se puede ahora hacer esta observación. Los elementos morfológicos que componen nuestro cuerpo, aunque dotados de vida mientras que forman parte de nuestro organismo, no tienen una vida independiente en el mismo, no gozan de vida *per se*, no tienen en efecto vida propia, como admiten muchos hoy día, sino que cada uno de ellos es como un excremento del organismo entero, tiene una individualidad subordinada y vive por efecto de la misma actuación que vivifica á los demás elementos.

El movimiento no es la vida. Que una célula ciliada se mueva después de haber cesado la vida, no es prueba de que viva aun.

Aristóteles decía que «la naturaleza es un principio de mocion.» No hay elemento atómico que no se mueva. La ley de Newton domina y regula toda la naturaleza. La atracción y la repulsión... hé aquí dos manifestaciones de la materia inorgánica y organizada.

La nutrición si que es un característico de la vida. No puede haber nutrición sin vida, no puede haber vida animal ó vegetal sin organización, no puede haber organización sin organizador, el organizador no puede ser otro que el alma, luego no puede haber nutrición posible sin la actuación *eficiente* del alma.

Por eso comparar la *vitalidad* que se caracteriza con la nutrición, á la acuosidad, es uno de los mayores absurdos que jamás oídos humanos oyeron.

Sagua, Mayo 27—1875.

Eduardo F. Rodríguez.



## REVISTA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

**Defensa de Plutarco.**—Los revolucionarios del 93.  
—Montesquieu.—Nueva edicion de sus obras.—  
Las cartas persas.—El epigrama.—Juicio de  
Mr. Laboulaye.—Anécdotas.

Decíamos últimamente que el académico Mr. Nourrisson pretendiera dejar mal parada la reputacion universal de Plutarco por sus *vidas de los hombres ilustres*. Hoy tenemos que añadir algo sobre la vindicacion ofrecida á su memoria por Mr. Baudrillart. Segun dijo en el seno de la Academia, mal puede acusarse á Plutarco de inmoralidad en su filosofia, cuando precisamente se distingue por el perfecto acuerdo entre el moralista y el biógrafo, por la pureza de la doctrina y por la elevacion del juicio. Mr. Baudrillart cita la opinion de Montaigne, en apoyo de la suya; y en efecto Montaigne admiraba y copiaba á Plutarco.

Mr. Nourrisson ha querido aplicar á Plutarco, como moralista, censuras que deben dirigirse únicamente á los inexpertos politicos que tan mal han comprendido á los *hombres ilustres*. Quien quiera hacer responsable á su autor de la imitacion servil de la antigüedad que hubo de prevalecer entre los revolucionarios, que evoque el recuerdo de Rollin ó el de Saint-Just, el admirador de Licurgo. En este legislador de Esparta es en quien hay que buscar la inmoralidad, en lo inhumano de sus leyes.

Mr. Wolowski participa de la opinion de Mr. Baudrillart, y dice que, en cuanto á la lectura de Plutarco, hoy seria mas útil que lo fué en tiempo alguno. La Academia le oyó con tanto gusto como á Mr. Baudrillart; mas no la ocurrió lo propio respecto á Mr. Valette, el cual se atrevió á exponer «la aversion particular» de Macanlay hácia Plutarco, antipatía de la cual participaba él mismo porque «esos historiadores—dice—reemplazan el estudio exacto de los hechos y las costumbres con monótonas declamaciones sobre el patriotismo y la libertad.»

Este docto académico se halla demasiado acostumbrado á la frialdad del raciocinio escolástico y así no ha de estrañarse que le parezcan declamatorios los espontáneos arranques que se refieren á viriles naturalezas, á los caractéres en que era ingénito lo heróico, y natural lo extraordinario, aquellos héroes que rivalizaban en la sabiduria como en la bravura, en el amor de la patria como en el anhelo de la gloria.

Dejemos ya á Plutarco y evoquemos otro nombre no menos ilustre.

En una de las últimas sesiones se ocupó la Academia de un objeto importantísimo, de una nueva edicion de las obras de Montesquieu, á las cuales precede una introduccion de Mr. Laboulaye. La firma de este publicista es una garantía del acierto en la exhibicion, y en efecto el juicio critico que precede al libro no vale menos que las mas brillantes de sus páginas.

Hay personas que se precian de ilustradas, y sin embargo juzgan como demasiado añejas las ideas del autor del *Espíritu de las leyes*, creyendo que no vale la pena estudiarlas: no saben que, á pesar suyo, los años van aumentando, en vez de disminuir, la majestad tradicional de aquel génio, la que le reconocen de consuno la critica y la historia. Fué venerando durante el siglo XVIII como el maestro de la ciencia política, el hombre superior que reivindicaba los derechos innatos á la dignidad humana.

Al principio de la Revolucion inspiró su nombre al partido constitucional: la Asamblea Constituyente se pobló de discípulos suyos. Pero en la tormenta que la siguió, el timon cayó en manos de los discípulos de Rousseau: entonces, prevaleciendo la utopia, la politica buscó una constitucion aplicable á todos los pueblos de la tierra, haciendo abstraccion de tiempos y lugares; y solo entonces el nombre de Montesquieu, hubode sereclipsado momentáneamente: se eclipsó con la libertad: no se quiso el concurso de un hombre que contaba con los hechos al propio tiempo que con el derecho, y que intentaba fundar el porvenir sobre un acuerdo con el pasado.

Por fortuna el olvido terminó cuando en una Constitucion nueva volvieron al puesto de preferencia las ideas de moderacion, y al reconstruirse la legislacion civil y politica de la Francia fué bajo los auspicios de Montesquieu. El régimen verdaderamente constitucional se halla entero en el capítulo VI del libro XI del *Espíritu de las leyes*; capítulo cuyo lema dice: *De la Constitucion de la Inglaterra*. Muchos politicos del día suelen aprenderle de memoria antes de verificarse las elecciones, olvidándole luego que obtienen los sufragios.

La Academia propuso el elogio de Montesquieu, y en el concurso abierto al objeto obtuvo el premio Mr. de Villemain. Por cierto que, al tratar de este asunto el académico Mr. Giraud, hubo de mencionar una circunstancia que de-



muestra elocuentemente la popularidad, el prestigio de Montesquieu: dijo que siendo él estudiante de la escuela de Derecho el año 1819, había comprado con otros compañeros una colección de las obras de Montesquieu, y que cuando disputaban durante la comida, sobre un discurso de Benjamin Constant ó de Serre, apelaban para decidir las controversias á las páginas del *Espíritu de las leyes* ó á cualquiera otra de las obras de su insigne autor. Entonces las ediciones se multiplicaban con rapidez asombrosa. Mr. Laboulaye ha creído favorable el momento actual para llamar la atención pública acerca de los escritos de quien hacia de la moderación la virtud del legislador. Asegura, y es cierto, que hoy se le cita más que se le lee; lo cual conduce á propagar muchos errores sobre las ideas y el fin que se propuso el eminentísimo publicista del siglo xviii. Mr. Laboulaye, cumple su propósito aceptando las difíciles condiciones que la crítica y la opinión imponen hoy día á toda empresa de tal género. El primer tomo comprende las *Cartas persas*, libro de importancia capital para la vida de Montesquieu. Tenía cuando le escribió 27 años, habiéndole publicado en 1721. Era bajo la Regencia del Duque de Orleans: Montesquieu se daba á conocer en edad tan temprana de una manera brillantísima y en asunto que hubiera requerido todas fuerzas de un gran entendimiento en su madurez, toda la experiencia y la observación que dan muchos años de estudio, y que él suplía con el genio.

Montesquieu, como hace notar Mr. Laboulaye, en realidad no ha escrito sino una obra sola en tres partes: las *Cartas persas* (1721), el inestimable libro *Grandeza de los Romanos*, que puede ser considerado como un episodio del *Espíritu de las leyes* (1734) y esta misma obra, publicada en 1748; porque esos tres libros son producto de un pensamiento idéntico, aunque difieran en la apariencia. El propio Montesquieu lo reconoce, puesto que escribió este concepto: «Mi *Espíritu* es un molde, del cual sale siempre la misma imagen.»

Todas las cuestiones á la orden del día, durante la Regencia, aparecen abordadas en las *Cartas persas* en una forma original. El reinado de Luis XIV fué vivamente atacado en aquella correspondencia oriental, haciendo furor su lectura, según la frase de moda.

Y á pesar de los rasgos innumerables de su atrevimiento, muestra siempre una rara prudencia en cuanto se refiere á innovaciones.

¡Y qué ingenioso, qué pintoresco estilo emplea en las cartas! Tiene razón Sainte Beuve: «En el pensamiento de Montesquieu se dora la cima cuando menos se espera.»

El siglo xviii lo discutió, lo puso todo en conmoción: quizás únicamente Montesquieu hubo de ocuparse de lo que pudiera sustituir á lo presente. Se acordaba constantemente de los Romanos que no cambiaban nunca las leyes, pero que variaban su aplicación, y de la Inglaterra, animada de igual constancia patriótica. El espíritu que dicta las *Cartas* nunca lleva las cosas al extremo, bien que haciendo alarde, con frecuencia, de una malicia picante. Por ejemplo: uno de sus persas, al notar que en los tribunales de justicia se toma la voz en nombre de la mayoría, exclama: «La experiencia ha hecho conocer que valdria más recoger los votos en nombre de la minoría, porque hay pocos espíritus justos; mientras el número de los falsos es infinito.» Este epigrama vá dirigido contra la administración de su época.

Ninguna de las cartas sobresale tanto como la 83.ª acerca de la Justicia. No hay escrito alguno que la esceda en elocuencia ni en belleza. La idea de la justicia, según Montesquieu, no depende de las convenciones humanas «y si fuese posible que dependiera, dice por boca del persa, sería preciso que el hombre se ocultase á sí propio una verdad tan desconsoladora.»

Para que no nos sorprenda el tono cáustico que suele emplear, es menester que recordemos que escribía en medio de una sociedad incrédula. Á veces expone su pensamiento con una sencillez que encanta, á la par que conmueve: veamos cómo se expresa acerca de la inmortalidad del alma: «Aunque no fuese cierto, yo sentiría dejar de creer en ella. Confieso que no soy tan humilde como los ateos: no sé de qué manera piensan ellos; en cuanto á mí, no quiero trocar la idea de mi inmortalidad por la de la beatitud de un día.»

Para apreciar todo el mérito de las *Cartas persas* se necesita mucha instrucción acerca de las cosas de aquel tiempo: sucede con ellas lo que con las novelas de Voltaire: su finura esquisita ofrece en ambas raras analogías: por eso requieren un comentador que las explique, no con pesadas anotaciones, sino con una observación espiritual y ligera á las veces, profunda é intencionada con frecuencia, atinada siempre; la pluma, en fin, del autor de *París en América*.

Laboulaye ha compulsado cuidadosamente las



diversas ediciones de las *Cartas*, pero no ha podido consultar los manuscritos de Montesquieu, porque se asegura que fueron arrojados al fuego por su hijo el año 1793 temiendo que comprometiesen á la familia. Sin embargo, también se dá por cierto que encontró parte de ellos el famoso investigador Mr. Walckenaer.

Pero el espacio nos falta; las consideraciones á que se presta el asunto fluyen con abundancia mayor de la que requiere la revista presente; en el seno de la Academia se ha tratado de otros objetos de importancia suma y hay que dejarles lugar para la ocasion venidera.

París 10 de Julio de 1875.

L. Reginalt.

## SECCION LITERARIA.

### DEL PERIODISMO.

Entre las invenciones de los tiempos modernos, el periodismo es una de las que mas han contribuido á la civilizacion y al adelanto del género humano. Los antiguos no conocian este género de correspondencia, y las ideas de los escritores no iban sino á pausas á iluminar el cerebro de sus semejantes. La prontitud es la divisa de estos siglos: se camina, se comunica por la posta; se piensa, se siente mas pronto; y, lo que no es muy halagüeño, se vive, se muere de prisa. La imprenta y el periodismo son respecto al pensamiento, lo que los ferro-carriles y el vapor respecto de los intereses materiales; el filósofo, el poeta necesitaban ántes rimeros de pergamino para desocuparse de aquel mundo interior de concepciones y afecciones, que agitando dentro de ellos como un dios encarcelado, los traía inquietos, en esa divina inquietud del que se ahoga con un universo dentro de sí mismo. *Deus est in nobis*, decia el romano; y para que esta divinidad se difundiese por el mundo convertida en armoniosos versos, Ovidio habia menester un sinnúmero de pendolistas que copiasen y multiplicasen de una en una sus obras inmortales. Juan de Guttemberg remedió este inconveniente, poniendo alas al pensamiento, que en la antigüedad solia andar á pié y á duras penas: ahora anda á caballo, como quiere Luciano que ande la historia; ahora vuela en medio de un torbellino de blanco humo, mugiendo y re-

tumbando en la locomotora; ahora se echa al mar sin recelo, y rompe las olas, y desafía á los vientos, y mide la tierra en línea recta, y la ciñe con un perfecto círculo; ahora se encumbra por los aires, y anda por ahí echando la vista á un lado y otro, investigando esas regiones, viendo cómo romperá por el rebelde elemento á ciencia cierta. Las ideas corren como el agua, fácil, conocida y abundantemente; se reparten por toda la tierra; la humedecen, la fecundizan, y la cosecha es pronta y de buena calidad. La imprenta, esa maquinilla de tan mezquino aspecto, es un tripode sagrado en donde la inteligencia, sacerdotisa invisible, está bramando en su acceso celestial, y advirtiendo al hombre los secretos del hombre y de la naturaleza en sus milagrosas inspiraciones. Por eso los que destruyen la imprenta, matan una divinidad; bien así como el sacrilego pagano heria en el árbol santo á las deidades escondidas en los bosques encantados. Respetamos la Iglesia los cristianos, la mezquita respetan los musulimes, la sinagoga los judíos; pues la imprenta es el templo de la religion universal; judíos, musulimes y cristianos debemos respetarla. El dios, los ángeles y santos que habitan ese templo no tienen imágenes palpables; no importa, ellos existen: callad, contemplad, esperad: los veis, aunque cerreis los ojos; los oís, aunque oscubrais los oídos: tienen hasta olor, despiden de sí una esencia sutil, vivificante; los percibís, aunque estorbeis el olfato. Esos entes imponderables tienen ganado el mundo, reinan en todas las naciones civilizadas, y las bárbaras serán por ellos convertidas á la civilizacion, este cristianismo vestido de política, esta religion honesta, pura, santa y encumbrada.

Los que por medio de la imprenta procuran desviar de la verdad á sus semejantes y tiran á corromperlos, esos son los cismáticos y herejes, á quienes en justicia se debia levantar autos de fé. Si su inventor hubiera sospechado el uso que algunos hombres de fea naturaleza habian de hacer de ella, habria desbaratado su máquina: la imprenta debe ser y es, en las naciones pulidas, una tribuna sagrada; el escritor el sacerdote, el género humano el auditorio, el mundo el santuario. Si el sacerdote blasfema, si invoca al espíritu malo, si vocifera y se retuerce como un poseído, profana el santuario, insulta á la divinidad, y todos tienen derecho de sacarle fuera, como el Señor echó del suyo á los fariseos. La sabiduría política, la urbanidad caballeresca, la templanza en el decir y el obrar son tan neces-



rias entre individuos como entre naciones. De aquí proviene la necesidad de que el escritor sea instruido, medido, cuerdo: ni se le ocultan los puntos de derecho, ni se le ignora la ciencia diplomática, ni desprecia las leyes de los pueblos adonde se dirigen sus escritos, ni suelta la rienda á sus pasiones, y en impetuoso disparo va á estrellarse contra la inocencia hiriéndola de muerte: prudente, comedido, avisado, hé ahí las dotes del escritor que se propone mantener en su punto los derechos, abogar por la libertad y difundir las luces civilizadoras. Al periodista que pone en cueros la concordia de dos naciones, por aquel mal mirado entono y provocador orgullo con que á las primeras trata gravísimos asuntos, debe su Gobierno, si no le castiga, amonestarle cuando ménos. La palabra es el lazo de las voluntades: si dura y nada corrediza, no se forman con ella los nudos de la amistad, ni sirve de conducto á las ideas y los fines de los hombres. La imprenta es una rica mina, que beneficiada con habilidad rinde tesoros: es una rica mina, en manos del misterioso *Junius*, que desde su ignorado asilo hace temblar el trono y pedir treguas al Parlamento; que echa por tierra ministros todopoderosos y obliga á caer de rodillas á los *lores*; que suspende al orador en la tribuna, al poeta abrazado con su lira, al escritor agachado en su bufete. La imprenta es una rica mina en manos de Addison, que toma en las palmas la sociedad humana, la mira, la vuelve, la toca con el dedo por todas partes, é indica los puntos corrompidos, propinando esencias celestiales por remedios. La imprenta es una rica mina en manos de Beccaria, que echa en un diario los cimientos de la obra inmortal «*De los delitos y las penas*». La imprenta es una rica mina en manos de Goethe, que desentraña los secretos de la poesía, y ara y siembra maestro el campo de la literatura: la imprenta es una rica mina en manos de Saint-Marc Girardin y de Armando Carrel, de Gladstone y de Beales, de Larra y de Mesonero. Y tal debe ser la imprenta, porque si se la beneficia para coger veneno, valiera mas abandonarla: servirse de ella para la propagación del error, para impulsar á los gobiernos á la tiranía, para deprimir á los hombres sobresalientes por su ingenio, su valor ó sus virtudes, allá se va con usar de los ferro-carriles para irse con mas rapidez á los infiernos, y del telégrafo eléctrico para anunciar el menoscabo y la ruina del género humano. Toda invención de que los hombres no se aprovechen para el ade-

lanto de la moral, es perniciosa y se la debe echar en olvido: un monopolio de la imprenta en favor de la inteligencia acertada, de la ciencia bien fundada, de los afectos acendrados, si fuese posible, seria una ley sábia, digna de las doce tablas.

El periodismo es el gran negocio del siglo xix; es la arteria maestra, la más gruesa y palpitante de nuestras sociedades; la sangre corre activa por ella, se enciende, hierve y produce esta calentura universal, en cuyos brazos los hombres deliran en los bienes y los males, en la perfección y la imperfectibilidad, en la grandeza y la pequeñez del mundo. Filosofía, humanidades, ciencias, artes, política, descubrimientos, costumbres, hacinados en depósitos que no menguan, son los combustibles de ese vasto incendio en que arden las naciones: á ese fuego se calientan los pueblos, ese fuego temen los monarcas: la libertad acude á su hogar, y magestuosamente arrebozada de su grandioso manto, se sienta allí como una soberana de todos tiempos y regiones: ha demorado en Grecia; pasó su residencia á Roma, y se aposentó en ella junto con los Curios y los Decios; la Gran Bretaña le ha erigido alcázares, y su busto preside el Parlamento; los Estados-Unidos la tributan el mas rendido culto, son sus prosélitos devotos, la pasean del uno al otro extremo de la anchurosa República en un carro sagrado, en medio de procesiones santas y de arcos siempre verdes. Nosotros empezamos á reunir los materiales para el templo que algun día hemos de construir á esa divinidad; ahora somos todavía un poco idólatras; adoramos la tiranía, nos inclinamos ante el sable, besamos un bejuquillo, fetiches despreciables que tienen subyugados á los bárbaros. Cuando el periodismo alce la voz, cuando la imprenta eche de sí rayos que aterren á los tiranos, cuando todos aprendamos á respetarla, adorarla y practicar su culto activamente, entonces diremos que somos libres é ilustrados: mientras no escribimos, somos ignorantes y bruscos hijos de la naturaleza; mientras no nos dejan escribir, somos gañanes clavados al terror: la libertad mora en la imprenta; la Pitonisa fuera de su tripode es una vieja repugnante, sin inspiración ni sabiduría.

Bueno fuera escribir libros; donde se escribe, se los escribe sábios; empero nunca y nadie ha desdeñado el periodismo, supuesto que ingenios mayores de marca se han valido de él para difundir por el mundo las luces de que se sentían



alumbrados por lo interior, las armonías que sonaban ocultas allá en el centro de sus apasionados corazones. Goethe, que en su audacia no vaciló en penetrar el embolismo del pensamiento enredado en las negras tramas del infierno; Goethe, el anatómico del alma, el que disecó y escudriñó con mas perspicacia las entrañas de sus semejantes; Goethe, el que conversaba con el príncipe de las tinieblas y estaba en los secretos de sus torturas y desgracias; Goethe, el cantor de Mefistófeles, que en profunda noche asiste en una temerosa montaña á los misterios de los espíritus; Goethe, el gran poeta, el grande hombre, redactaba un periódico, volviendo por intervalos á la condición humana: «*Arte y antigüedad*» era el título de esa obra maestra, cuyos eléctricos hilos tenían cogidos á los hombres. Byron, el tenebroso autor de «*Manfredo*,» el huésped de los demonios, el confidente del matador de Astarté; Byron, el hombre de las pasiones y los tormentos, que traía en la cabeza un torbellino y en el corazón una constante tempestad de rayos; Byron, este ángel maldito, este hombre-dios, pero dios perverso, tenía también tiempo de ser hombre, y fundó en Liorna un periódico en colaboración con el ateo Shelley, aquel desdichado ingenio, náufrago primero en el mar turbulento de sus pensamientos, después náufrago en el Mediterráneo. Beccaria redactaba un periódico en Milan, y periódico nada pretencioso, donde los asuntos de suyo humildes tenían lugar como los grandes. Addison fué periodista. Las cartas de Junius se publicaron desde luego en un diario. La «*Revista d'Edimburgo*» ha recibido en su seno á los hombres mas distinguidos en política y en letras; y el senado, el grave senado del imperio francés, sostenía el papel titulado: «*La France*.» En Francia, Alemania é Inglaterra, los hombres mas sobresalientes tienen á su cargo los diarios de mas nombre. Armando Carrel, en París, fué periodista, y murió á manos de Emilio de Girardin, otro periodista; Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo han escrito en ellos; Cobden y Bright han hecho lo propio, y no hay gran político, profundo filósofo ni melodioso poeta que no busque las columnas de esas hojas de papel, que tarde y mañana salen húmedas de las imprentas, y echan á volar por los cuatro vientos, cubriendo la Europa como una bandada inmensa de blancas mariposas (1). Se privarían del teatro, desdeñarían el

sarao, dejarían de asistir á la tertulia; mas los periódicos, que no se los quiten á los europeos: son para ellos una necesidad diaria, imperiosa, urgente: soberanos, ministros, generales, oficinistas, soldados, pisaverdes, cocheros, artesanos, criados; matronas graves, niñas frívolas, costureras, cómicas, todos y todas leen los periódicos, todos los costean, todos los solicitan, todos se echan sobre ellos como sobre el pan de cada día, y los devoran, y aún no se quedan satisfechos. El periódico es una enciclopedia menor que todo lo contiene; nada se le escapa á ese Argos de cien ojos: todo lo ve, óyelo todo, y todo lo dice, y los hombres tienen ojos y oídos para ese personajecillo diminuto, que á dos vueltas está despachado. El periódico es un brillante insecto efímero; no vive sino un día, hace su ovación para mañana, y muere para siempre; nadie se acuerda de él, y nadie le olvida; nadie le aprecia, y nadie puede pasar sin él; ente extraordinario, longevivo muriendo niño, emperador y pechero, poético y prosaico: humanidades, ciencias abstractas, viajes, artes y oficios envueltos en una grande y espesa capa de política, forman ese corto universo, ese *cosmos* deforme cuyos principios no entrarían en orden sino por la de un nuevo Creador. Todos los elementos hierven en el periódico, y se tocan, y se entreveran, y de esta masa heterogénea se compone el material de que los hombres sacan sus políticos y sus sabios, sus estratégicos, sus capitanes y sus diplomáticos. ¿Qué no se aprende en ese compendio prodigioso? ¿Qué no se vé por ese vidrio óptico? ¿Qué no se oye en esa cuerda pulsada por todas las manos? Si de repente faltara el periódico á la hora de hoy, esa fuera la caída del sol, y el mundo volviera al caos primitivo. Por eso, nosotros que no tenemos periodismo, vivimos entre tinieblas, viéndonos las caras siniestras al resplandor lejano de estrellas de otros mundos; recibamos el bautismo de la prensa, si queremos ser cristianos de esta religion política, que gana terreno en todas direcciones, al paso que nosotros parecemos huir de ella, recelosos de su vista, bien como niños tímidos que huyen del

en politique, forme un des traits caractéristiques du siècle. Les revues, les magasins et les journaux déploient à l'envi un mérite du plus haut ordre. On sait que les plus grands hommes écrivent dans ces feuilles et leur impriment le caractère qui les distingue eux-mêmes. (Lalouel, *Les orateurs de la Grande-Bretagne*.)

(1) Le rôle que joue la presse périodique en littérature et



hombre barbado que no han visto otra vez, y se presenta en grandiosa catadura.

Juan Montalvo (2).

(Ecuador.)

## LAS NUPCIAS DE LA MUERTE.

DEDICADO A MI ESTIMADO AMIGO

EL SEÑOR DOCTOR D. PABLO AROSEMENA.

*Pavor tenuit me et tremor,  
et omnia ossa mea perterrita  
sunt.*

*Putredini dixi: Pater meus  
et mater mea, et soror mea,  
vermibus.*

JOB.

Estaba solo yo en el pavoroso  
imperio del silencio y de la muerte:  
moraba fría é inerte  
la sombra en mi reedor.

En los limbos de mi alma conmovida,  
como el eco perdido de un lamento,  
vagaba un pensamiento  
de hondísimo dolor.

De pié: la pesadumbre de mi frente  
la temblorosa mano sostenía  
sobre la losa fría  
de mármol sepulcral.  
Era una tumba nueva; ideal divino  
del ángel del pudor, allí risueño,  
de pié, velaba el sueño  
precoz de la beldad.

Sobre la blanca faz del ángel bello  
caían de un sauce místicas y llorosas  
las ramas rumorosas  
cual manto de aflicción.

De la corona cándida las flores  
que el viento deshojaba una por una  
caían de la columna  
del túmulo en reedor.

(2) El eminente escritor que firma este artículo, como Vergara y Vergara, José Antonio Calcaño y Cecilio Acosta, es uno de los grandes literatos de la América Latina y miembro correspondiente de la Academia española. Sobre esto hay unanimidad de juicios en América: Samper, Camacho Roldán, Caro y Cuervo, esto es, cuatro de los escritores que honran á América, han hallado en los escritos de Montalvo, como por otra parte hallarán nuestros lectores, un raro conjunto de condiciones difíciles de conciliar y nada comunes en escritores americanos: estilo natural y riguroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada; y por lo que hace al fondo, elevación de miras, grandeza de pensamientos, riqueza de recuerdos. Este juicio es exacto y puede asegurarse que Montalvo figura dignamente entre los primeros escritores y sur-americanos contemporáneos.

(La Redacción.)

De un caos de negras nubes asomaba  
la triste luna, y su fulgor dudoso  
temblaba en el quejoso  
ramaje del ciprés.  
Fuegos sin luz poblaban las tinieblas;  
leve rumor que alzaban juntamente  
las brisas y la fuente  
vagaba por do quier.

Mil ecos, como voces de otro mundo,  
como sentidos llantos sin consuelo  
de tristísimo duelo,  
como un postrer ¡adios!  
se alzaban de los pálidos sepulcros,  
como pidiendo lágrimas y flores,  
cual reclamando amores,  
que el mundo ya olvidó.

De repente..... ¡Gran Dios! llegó á mi oído,  
(¡Recuerdo de terror....!) bajo esa losa  
voz débil, amorosa  
de virginal candor.  
Y á quella voz dulcísima, otro acento  
del fondo de la huesa respondía  
amargo de ironía,  
urente, mofador.

Sentí mi sangre helada coagularse,  
«los pelos de mi carne se erizaron,»  
mis dientes se chocaron,  
me poseyó el terror.

Comprendí que el gusano consumaba  
un himeneo de horror con la doncella,  
que departía con ella  
de su execrable union.

## LA DONCELLA.

No es ilusión..... La noche venturosa  
de mis soñadas nupcias llegó al fin,  
y es este el dulce lecho de la esposa,  
mullido para mí!

Es la hora en que arrobado de ternura  
llega el esposo al tálamo nupcial,  
y embriagado y demente en su ventura,  
el azahar y la rosa,  
corona de la esposa,  
sobre su frente cándida  
se goza en deshojar.

## EL GUSANO.

Será larga y profunda, pobre niña,  
esa deseada noche nupcial!  
¡Ay! El horario incierto del olvido  
gira tan lentamente y sin ruido  
en este vacío imperio sepulcral!



La muerte nos juntó con lazo estrecho  
de indisoluble union;  
esta olvidada fosa es nuestro lecho;  
es nuestro Eden el vasto panteon.

#### LA DONCELLA.

¡Qué tarde es ya! Ven, adorado mio,  
pónme sobre tu ardiente corazon!  
Estréchame en tus brazos! Tengo frio!

Siento un vago terror!

Ven á volver con tu ósculo primero  
á mis helados lábios el calor:

ven y reposa, dulce compañero,  
á mi lado; aunque el lecho  
de tu esposa es estrecho,  
mi amor hará de él tálamo  
feliz para los dos.

#### EL GUSANO.

Largo de cinco piés y dos de anchura,  
medido con prolija exactitud;  
mas, es estancia demasiado dura  
para tan largo sueño, el ataúd.

Tu esposo no vendrá; feliz ahora  
cautivo de otro amor, no piensa en tí;  
vamos: reposa, extiéndete en tu lecho,  
cruza los blancos brazos sobre el pecho  
y espera el fin del tiempo junto á mí.

#### LA DONCELLA.

Ah!.... Este beso frio y sin aliento  
no es el beso de un vivo..... ¿De quién es  
esta boca sin lábios que yo siento  
solicitar la mia con avidez?

¿Quién?.... A mi izquierda..... ¡Nadie! yermo, frio;  
á mi derecha..... ¡Nadie! ¿Es ilusión?

¡Ah! no era él!.... ¡Gran Dios!.... ¡Esposo mio!

¡No responde! ¡Oh tormento!  
Tiemblo de horror, y siento  
que el frio glacial de este ósculo  
me hiela el corazon!

#### EL GUSANO.

Ese beso es el mio: soy el gusano.....  
silencioso guardian del cementerio,  
soy el esposo,—cifra de un misterio  
que guardaba la muerte en su hondo arcano  
á tu postrer caricia virginal.  
El tremendo misterio se ha cumplido  
y tomo posesion de tu beldad:  
eres mi esposa;—con clamor de duelo  
anuncia el buho en azorado vuelo  
tus bodas á la muda soledad.

#### LA DONCELLA.

¿Es, pues, mi tumba? ¡muerta! ¡abandonada!  
Si álguien pasase al ménos por aquí...  
¡Ay!... ¡No puedo! ¡qué losa tan pesada!  
En vano levantarla pretendí!

¡Nadie!.... Y ese hombre que abre nuestra fosa  
duerme mas que sus muertos!.... Ni un rumor  
por la desierta calle silenciosa!....

Solo se oyen lamentos  
de los nocturnos vientos  
en las abiertas bóvedas  
del yermo panteon.

#### EL GUSANO.

Toda eres mia: la nieve de tus senos  
y tus torneados brazos de marfil;  
mios son tus miembros mórbidos y llenos  
que tu pudor cuidaba para mí.  
Es mia tu mano cándida y sedosa,  
y la pulida forma de tus piés,  
y tu aromada boca, y este beso,  
que de tenaz virtud en el exceso,  
negabas al amor con esquivéz.

#### LA DONCELLA.

¡Es él!.... ¡es él!.... ¡qué horror!.... en mi costado  
hincó su agudo diente con furor!....

¡Ay! qué profunda herida..... ha penetrado  
mi seno ya, me roe el corazon!....

¡Qué tormento, gran Dios! ¿En mi agonía  
quién me valdrá? ¡Qué angustia tan cruel!....

Ah! por piedad!.... ¡Hermana! ¡madre mia!

¿Qué haceis, que así el oído  
cerrais á mi gemido?

¿Qué fué de vuestras lágrimas  
y vuestro amor de ayer?

#### EL GUSANO.

Frescas están las rosas y azahares  
de tu gentil guirnalda virginal;  
y del acerbo llanto  
de aquellos ojos que te amaban tanto,  
solo un vago recuerdo queda ya.  
Este sudario, gala de la muerte,  
fué el postrimero don de su piedad....,  
despues, la indiferencia y el olvido,  
—volviendo el gozo á tu materno nido,—  
vinieron en tu huesa á reposar.

#### LA DONCELLA.

Una piedra, una cruz dicen al hombre:  
—«Tu hermano yace ahí: llora por él!....»—  
Pero ¿qué cruz señala ni qué losa,  
en el confin del alma misteriosa,  
la oscura tumba de un amor infiel?  
Sí, ménos pronto crecen los abrojos  
sobre un sepulcro en honda soledad,  
que el desamor en torno á los despojos  
del deudo y del amigo!....  
Ay! que lleva consigo,  
hasta el recuerdo póstumo,  
la muerte sin piedad!....



EL GUSANO.

El recuerdo del mundo no es la vida,—  
la muerte es una nueva creacion,—  
la rosa al pié de un tûmulo nacida  
se ostenta mas florida,  
mas rica de perfumes y color.  
Que su raíz sedienta penetrando  
en tus entrañas, hallará vigor;  
y mas copioso, en torno, y verde, y blando,  
el césped crecerá; porque en el mundo  
todo, todo es fecundo  
en las excelsas manos del Señor.

Voz de indecible, comprimida pena,  
que sale de una fosa no distante,  
                demanda suplicante  
la turbada quietud del panteon.  
Pálida luz, relámpago lanzado  
del seno de las criptas,—no del cielo—  
                súbite, allí, sin velo  
el fondo de las tumbas alumbró.

Y ví todos los muertos en su lecho,  
—cariados esqueletos cavernosos,  
cadáveres medrosos,  
de inconocible, lacerada faz.—  
Todos,—viejos y jóvenes,—confusos,  
—pueblo glacial del reino de la muerte,—  
legión muda é inerte,  
que espera allí la voz del día final.

Ay! Esos pobres muertos, olvidados,  
que en su abandono no oyen otro acento  
que del nocturno viento  
el lúgubre gemido aterrador.  
Y que, tal vez de tédio consumidos,  
por un recuerdo acaso torcidos,  
los días allí pasados  
miden con honda, intrépida emoción!.....

Y con sus ojos cóncavos, vacíos,  
quieren, en vano, ver la hora que cuenta  
allí la mano lenta  
del tiempo en el horario sepulcral!.....

Todo se hundió entre lóbregas tinieblas.....  
Yo me alejé turbado; confundida  
                    el alma y poseída  
de inquieta duda, de terror mortal.

Dr. José Ignacio Trujillo.

(Colombia).

## REVISTA LITERARIA.

## I.

¡Una revista literaria de Madrid, en los tiempos que corremos y además en verano! La cosa es mas difícil de lo que parece. ¿Por qué? A manera de introducción á esta mensual tarea, voy á decir á mis lectores.

Madrid, á pesar de sus mujeres encantadoras, del agradable trato de sus moradores todos, de sus magníficos paseos, de sus anchas calles, de sus palacios y museos, de su cielo esplendoroso y de otra multitud de medios que hacen agradable la vida material, sin que deje de ofrecer abundante pasto á la del espíritu; Madrid es un infierno, lo mismo en la estacion cálida que en la frígida. En verano, el sol lanza sus cien abrasadores rayos sobre los habitantes de esta coronada villa, y lo hace con tales fuerzas é intensidad, que es poco menos que imposible vivir entonces, sin menoscabo de la salud, en esta residencia de la corte de España. En la canícula, el madrileño no tiene mas que dos caminos á su eleccion: ó permanecer aquí, sin salir de su casa hasta muy entrada la noche, ó tomar el tren y buscar fuera de esta villa lo que en esta villa no se encuentra fácilmente, aire que respirar. La eleccion no es dudosa, y todo el que puede, y aún muchos que no pueden, toman el tren y salen de Madrid. ¿A dónde va el madrileño? Preguntádselo á todos, y todos van, cuando menos, á Francia. Muchos sin embargo, no se han alejado mas allá de Carabanchel. Pero con aquella inocente mentira el madrileño *se ha dado tono*, y en Madrid es artículo de primera necesidad el darse tono. Y ¡ay! del que en Madrid, haciendo cristiana prueba de humilde y de modestia, no se empeña en persuadir á los otros de que es un personaje importante. Nadie le hace maldito de Dios el caso, y el premio de sus evangélicas virtudes es, cuando ménos, la buhardilla. ¡Infeliz del hombre á quien en la coronada matrona del Manzanares, se aplica esta terrible palabra: ¡*cursi*! Es hombre al agua, y naufraga irremisiblemente, á pesar de que aquí no tenemos mas Occéano que el turbio estanque del Retiro y el casi enjuto *arroyo aprendiz de río*. Y perdóneseme esta digresion, hecha en beneficio de los provincianos que hayan de venir á Madrid. Ahora continuemos.

La coronada villa queda poco ménos que de-



sierta en verano. Las empresas de teatro lo saben de memoria, como que les toca en lo vivo, y para sangrarse en salud, desde Mayo cesan en sus habituales ocupaciones. Dentro de Madrid, no hay un teatro abierto al acercarse el mes de Junio; pero como es preciso que los que aquí permanecemos hallemos alguna distraccion, ciertos *benévolos* empresarios sientan sus reales en el Circo del Príncipe Alfonso, en los Jardines del Buen Retiro y en el teatrillo del Prado. Empero, como que la cosa se toma así en broma, ni las compañías que en esos sitios funcionan ni las piezas que en ellos se representan, pueden ser objeto de una crítica severa y detenida. Ni los autores ni los actores aspiran á tanto, de modo que hay que aceptarlos como ellos se ofrecen. Y no es óbice á esto la actual presencia de Arderius con sus bufos y con sus bufas en el Circo del Príncipe Alfonso. Yo creo que Arderius se ha propuesto seriamente ganar dinero, y creo también que, riendo y haciendo reir, lo consigue. Pero aún no he podido persuadirme de que nadie toma por lo serio lo que, con el nombre de obras dramáticas, pone Arderius en escena. ¡Oh! si así no fuese, la presencia de los bufos sería un síntoma grave. Mas bueno es decir que los malos hábitos llegan á formar naturaleza, y que bien podría acontecer que lo que hoy toleramos como cosa de poca importancia, llegase á imponérsenos mañana como necesidad imprescindible. Sea de esto lo que se quiera, ello es lo cierto que, en verano no tiene el crítico que escriba desde Madrid obras dramáticas que censurar.

Los editores imitan á los empresarios de teatros. Por acaso ve la luz pública, durante el estío, un libro de importancia. No hay compradores, se dice, y no se publican obras. Todas esperan el otoño, á lo ménos, para su aparicion, y entónces viene el diluvio de libros y folletos y memorias. Y si no los hay en verano, ¿cómo criticarlos? ¿Cómo aprovecharlos para componer una revista literaria? Véase, pues, como este Madrid, siendo un infierno durante los meses calurosos, pone en aprietos al revistero que aspire á decir algo digno de la atención de los lectores.

## II.

Pero he dicho que Madrid es también un infierno en la estación frígida, y creo que así es la verdad. En estío, el sol del espacio, el rey de nuestro sistema planetario, nos hace hervir la

cabeza y casi nos derrite los sesos. En invierno, la política, la reina y señora de todos los madrileños, pone en ebullicion nuestro cerebro y casi nos vuelve locos á todos. Esta es la tierra de los políticos, y desde el más humilde é ignorante, hasta el mas sábio y altivo, todos nos creemos llamados á salvar el país, mediante la política. Y de aquí que esta sea la fundamental ocupacion de los madrileños. Las otras, sin escepcion de una sola, repútanse secundarias y hasta de poca importancia, sino de práctica infamatoria. Por eso la literatura, con que en otros países se estiman honrados hombres de mucha valia, se toma en Madrid á manera de pasatiempo, que entretiene y consuela durante los meses de cesantía. Nuestros literatos—hablo en tésis general—se ocupan del noble cultivo de las letras, cuando no tienen un cargo público que desempeñar, ó cuando la muy poco frecuente calma de nuestras convulsiones políticas no les obliga á ir de uno á otro lado, de una combinacion á otra combinacion. Fuera de estos casos, el tiempo que debia emplearse en el estudio de los modelos, en la meditacion sobre el asunto, en la reflexion sobre los caracteres, en la preparacion de los incidentes y en el definitivo término de la obra concebida, empléase muy á gusto en concurrir á tertulias donde se murmura de todos los partidos y soluciones que no sean las propias; en devorar periódicos y folletos que envenenan con sus intemperancias el ánimo más propenso á la mansedumbre; en acudir á los ministerios para trabajar la credencial que se apeetece, ó en acudir á la oficina, cuando se ha tenido la suerte de haber logrado el título que autoriza para ocuparse poco ó nada en el servicio de la administracion, y para figurar en la nómina, que parece ser el dorado sueño de los españoles todos. Y resulta de aquí que apenas se poseen los indispensables elementos para el fructuoso cultivo de la literatura, que se escribe poco, siempre muy de prisa y casi nunca con entusiasmo. Como no se reputa eso lo fundamental; como no constituye la primordial direccion de la vida, se le mira con cierto desden, contemplando en ello una obligacion enojosa impuesta por las adversas circunstancias, y claro está, la inspiracion, el estro, que es la fuerza animica de la composicion literaria, no halla fácil acceso en la inmensa mayoría de nuestros escritores. Para convencerse de la verdad de estas consideraciones, basta fijarse en lo que diariamente acontece, y se verá que nuestros literatos, en vez de



encontrarse dedicados á las labores á que parece que habian de sujetarlos sus naturales inclinaciones, figuran, por el contrario, en el gabinete del ministro, en las dependencias del gobierno civil y en las oficinas de la administracion. Y sus obras literarias, cuando se dignan concebir, realizar y publicar alguna, se resienten de frialdad, de desaliño y de precipitacion. El novelista se contenta con llenar muchas cuartillas, para que resulten muchas entregas, y con distraer fútilmente á los lectores, que, despues de leído el libro, se quedan como antes, sin un rayo de luz en la inteligencia, sin un grado de calor en el alma. Obsérvense las entregas que por ahí se reparten á dos cuartos (¡ !), ó los tomos que á una peseta (¡ ! !) se espenden por esas librerías y cafés, y dígame si aquellas páginas, poco ménos que en blanco, no parecen mas bien garrapatos musicales que diálogos entre personas cuerdas y sensatas. Y no se diga nada de las comedias y dramas. Todo se va en pagar tributo á las preocupaciones; porque así se cuenta, desde luego, con cierta benevolencia; todo se vuelve discurrir pueriles entretenimientos, chistes y donaires sin mas trascendencia que la de hacer reir, y todo se reduce á idear caractéres que, presentados como fiel copia del original, no existen en parte ni sociedad alguna. Tan cierto es cuanto acabo de decir, que ya se va haciendo moda este anuncio preparatorio de muchos estrenos de comedias: «el autor no tiene mas propósito que el humilde de entretener agradablemente al público.» Bueno y santo que no se convierta la escena en un púlpito, ni las obras dramáticas en sermones; pero malo y reproable que se desprecien los grandes elementos de nuestra humanidad y de nuestras sociedades, que pueden dar origen á tan sublimes composiciones, para hacernos perder el tiempo en insulsezas, que á nada conducen y que ninguna huella imprimen en la vida.

Y con tales productos, que son los ordinarios, aunque por excepcion los haya muy sanos y sabrosos, ¿ha de ser fácil escribir una revista literaria, capaz de inspirar interés y deleite á los lectores?

### III.

Pero tanto, si no más que lo dicho, abruman al critico literario de nuestros dias las especialísimas circunstancias de la época presente. Lo es de transicion, de lucha entre los secuaces de las diversas soluciones, de ruina y desquiciamiento para lo antiguo, de dudas y nebulosidades para

lo porvenir. Lo de ayer no nos satisface, porque lo hallamos contradictorio con nuestras aspiraciones, nacidas al calor fecundante del progreso; lo de mañana tampoco nos satisface, porque no se nos aparece claro, distinto y afirmativo. Fáltale aún la consagracion del hecho. Y cuenta que esta es hoy la situacion de todas nuestras instituciones, y acaso acaso la de todos los que en los actuales momentos vivimos. Hoy nada nos satisface y tal vez nadie tiene completa confianza en la virtualidad de lo que cree y sustenta. En una palabra; nos encontramos poco ménos que sin ideal, ó á lo más, con un ideal fragmentario. Y en estas condiciones hay que vivir, hay que pensar, hay que escribir. Pero ¿qué se preconizará en la composicion literaria? ¿Qué se ha de ofrecer como definitiva doctrina? El autor se plantea estos fundamentales problemas, que, como esencia creadora, intervienen en la obra literaria, y la verdad es que no sabe unas veces resolverlos, y otras no se atreve por no chocar abiertamente con las inveteradas creencias de muchos lectores ó espectadores. Y la vacilacion se apodera del ánimo, y en la necesidad de salir del paso, ó se sublima y preconiza el ideal caduco, con fastidio de unos, ó se ensalza el nuevo ideal, con disgusto de otros, ó se pretende armonizarlos, resultando un monstruoso contubernio, que á todos irrita y subleva. Este, este es el lado más difícil que hoy presenta el cultivo de la literatura, y yo hago jueces de semejante afirmacion á los mismos que á ella se consagran noble y desinteresadamente. Porque, cuando no se la cultiva de ese modo, se exclama con Lope:

«El vulgo es necio; y pues lo paga, es justo  
Hablarle en necio para darle gusto.»

y se cree haber salvado la dificultad. ¡Ah! cuántos escritores se dicen en mitad de sus trabajos: «¡si yo escribiera todo lo que pienso!....» A los tales yo me atrevería á aconsejarles que no cesaran nunca en sus propósitos. ¿Creen que es verdad lo que piensan? Pues diganlo sin temores ni vacilaciones, porque á la verdad nos debemos por natural obligacion. ¿Es erróneo? Pues su manifestacion originará la controversia, y con el choque de las ideas caen las falsas y se fortalecen las verdaderas. Ya es tiempo de que nos dejemos de vanas consideraciones y de que establezcamos, en literatura como en todo, no lo que se llama á sí mismo bueno y santo, sino lo que realmente lo sea por tener en su apoyo



la verdad y la justicia. Es, pues, necesario, y supuesto que lo exigen las condiciones en que nos hallamos, es necesario que llevemos al libro y al teatro los grandes objetos de las grandes disputas que hoy nos dividen. Esta, y no otra, es la manera de levantar nuestra literatura del polvo en que yace. La literatura es la fisonomía de la sociedad, y si la sociedad se encuentra agitada, no nos empeñemos en ofrecer al público una literatura tranquila, inmutable. No engañemos á los lectores y espectadores, mintiéndoles un ánimo tranquilo, cuando sabemos que está profundamente conturbado. Tengamos el valor de desgarrarnos el seno, y presentemos nuestro corazón tal y como en realidad le tenemos: palpitando entre dudas, entre temores, entre mil encontrados y vivísimos sentimientos. ¡Oh, qué rica y abundosa fuente de magníficas obras literarias nos ofrecen nuestra sociedad, la humanidad de nuestros días y las cuestiones que la trabajan! ¿Por qué no aprovecharla? Yo no sé si es por temor, yo no sé si es por falta de convencimiento; pero es de todo punto innegable que la inmensa mayoría de nuestros escritores no acude á los verdaderos manantiales de la inspiración, dedicándose, por el contrario, á la celebración de antiguallas ó á la concepción de chocarrerías, que no vigorizan los espíritus ni ilustran las inteligencias. Los nuevos derroteros marcados por la ciencia, los nuevos caminos abiertos por el progreso, los grandes esplendores de la libertad, las sublimes corrientes indicadas por la fraternidad humana, todas las magníficas claridades de la civilización moderna permanecen como cerrada arca santa, ó quizá como maldita sima de corrupciones, á la cual nadie es osado de llevar la mano. ¡Y luego se dice que el arte en general, y en particular la poesía están próximos á sucumbir por falta de materiales! ¡Como si la verdad no fuese siempre bella y poética! ¡Como si las grandes aspiraciones no fueran bastantes á inspirar bellezas incomparables! Lo que sobra es cobardía, en unos, indecisión en otros, y en todos punible apatía. Y cuando el crítico, viviendo en su época é inspirándose en ella, censura con acritud, por carente de realidad externa, lo que se le ofrece en novelas, comedias y dramas, se le tilda de atrabiliario y descontentadizo. ¿Pues qué ha de hacer si no se cumple la misión del escritor público? Y hé aquí por qué concluyo repitiendo lo que dije al empezar: difícil empresa la de escribir hoy una revista literaria. Yo haré, empero,

lo posible por cumplir la misión que se me ha encomendado, que si me faltan dotes y condiciones, quiero que me sobre la voluntad.

Manuel Corchado.

Madrid 7 de Julio de 1875.

## RECUERDOS Y ESPERANZAS.

A.....

Anoche te ví, alma mía,  
miéntras el cuerpo dormía,  
que amorosa te acercabas  
y la sangre restañabas  
que de mi herida salía.

Y embargado de placer  
dos lágrimas pude ver  
que de tus ojos brotando,  
fueron, lentas, resbalando  
hasta el fondo de mi sér.

¡Cuánta dicha el pecho amante  
sintió en aquel breve instante!...  
¡Cuán sangrienta hallé mi herida  
cuando á la luz de la vida  
la contemplé delirante!...

Bendito el ángel que legó á mi alma  
un pasado feliz que la consuela;  
bendito el ángel que mi sueño vela  
y las angustias de mi pecho calma.

Si indigno fuí de merecer tu amor  
hiciste bien en recoger tu prenda,  
yo al altar de tu alma, como ofrenda,  
llevo mi bendición en mi dolor.

Que la esencia sutil que vivifica  
al sér que la aprisiona en su camino,  
luchando por llegar á su destino,  
en su propio dolor se purifica.

Pero si el pecho que empezó á vivir,  
por un capricho, sin piedad, lo heriste,  
yo te perdono la maldad que hiciste,...  
porque el que amó no puede maldecir.

Mañana, cuando despierte  
tras el sueño de la muerte  
en el mundo de la vida,  
el amor que en mí se anida  
iré de nuevo á ofrecerte;

Amor que en mi pecho siento  
grande como el pensamiento,



inmortal como mi esencia,  
puro como la inocencia,  
santo como el sufrimiento.

¡Cómo el dolor y el placer  
cabén á un tiempo en mi sér!...  
Dolor que vive el presente,  
placer que bebe en la fuente  
del mañana y del ayer.

Juan Toro.

Julio de 1875.

## FLORES DEL ALMA.

Estaba junto á ella;  
y en su triste mirada  
honda y secreta pena  
al punto se notaba.

Contemplé su belleza  
por el dolor ajada,  
y con palabras tiernas  
calmar quise sus ansias.

Ten, la dije, ilusiones,  
niña hermosa adorada,  
que son las bellas flores  
que brota nuestra alma.

Con tristeza sonrióse  
al par que murmuraba:  
«Verdad, las ilusiones  
son las flores del alma.

Por eso con presteza  
se marchitan y pasan,  
durando lo que ellas,  
tan solo una mañana!»

Oí su frase llena  
de desventura amarga,  
y á mis ojos, ligera,  
asomóse una lágrima.

Desde entonces las flores  
riego noche y mañana,  
que no quiero se mueran  
las que brota mi alma.

Julio. 1875.

Eudaldo Tamayo.

## SECCION VARIEDADES.

—Dice la *Revue industrielle* que cuando se hace pasar una corriente de vapor de agua, bajo una presión de 5 ó 6 atmósferas, al través de un tubo de cobre de 2 milímetros de diámetro y enrollado en espiral al rededor de un cilindro de hierro, éste se imanta de tal manera que una aguja de hierro colocada á algunos centímetros del vapor-*iman*, es vivamente atraída y permanece magnetizada mientras dura el paso de la corriente de vapor por el tubo de cobre.

—Mr. Daft, fotógrafo de Troy, (Estados-Unidos) ha obtenido, hace poco tiempo, tres magníficas fotografías instantáneas con la luz de una chispa eléctrica que saltaba entre dos espigas metálicas puestas en relación con una fuerte máquina de Holtz. En algunas de las pruebas obtenidas, se ve la chispa dividida en diez estrias distintas, semejantes á hebras sumamente finas y de brillante blancura. Es de presumir que la naturaleza del metal conductor ejerza alguna influencia sobre la naturaleza y aspecto de la chispa. Mr. Daft tiene la intención de continuar en estos nuevos estudios, abrigando la esperanza de obtener resultados en extremo interesantes.

—Existe en Moldavia, en el monasterio de Izanawoda, una raza especial de búfalos blancos y que no se reproducen sino con mucha rareza. Siempre que nace uno, es ocasión de grandes fiestas y de regalos hechos por los monjes á la población del país, pues relaciona con este suceso una creencia supersticiosa.—El Jardín de Aclimatación de París ha logrado poseer dos de estos búfalos blancos y ha tenido la fortuna de verlos reproducirse.—El pequeño búfalo blanco es muy rapazuelo y tiene mucha semejanza con un perro de aguas grande.—El mismo día en que nació este búfalo, nació, también en el mismo Jardín, un camello de dos jorobas; lo que no es ménos curioso.—Tiene aún completamente vacías estas jibas y pendiendo sobre el hijar.

—En el próximo número publicaremos trabajos de la distinguida escritora D.<sup>a</sup> Ángela Grassi y señorita Urbina y Miranda, del Dr. D. S. Mundi y Giró y de D. Ezequiel Llorach.

## CHARADA.

Son dos letras consonantes  
mi primera y mi tercera;  
y es planta medicinal  
la que sigue á la primera.

Cuarta con prima es ciudad  
de una muy lejana tierra;  
y nunca la dos con cuatro  
hace la gente guerrera.

Un signo de matemáticas  
es la cuarta con postrera,  
que tú usas muchas veces  
en operación cualquiera.

Ya mas decirte no puedo  
sin que claro te dijera,  
que es el *todo* cierto nombre  
de quien bautizarse quiera.

P. S.

La solución en el próximo número.

Barcelona.—Imp. de Ramirez y C.<sup>a</sup>—1875.